
Adolfo PERINAT

*SOCIALIZACIÓN. UN ENFOQUE COMPARATIVO
Y PLURIDISCIPLINAR*

INTRODUCCIÓN

Socialización es un término que las Ciencias Humanas utilizan para caracterizar el proceso por el que, dentro de un grupo social, los niños van adquiriendo el comportamiento modal de los adultos. Acerca del significado global de este término existe un consenso general entre los científicos sociales. Berelson y Steiner, por ejemplo, lo definen así:

Es el proceso de formación (training) o modelado por el que un individuo llega a ser miembro de una sociedad particular. A través de él, un recién nacido se convierte en un niño y un niño se hace adulto. Puesto que la socialización es obra de las personas que constituyen la sociedad su objetivo es asegurar la continuidad de aquellos aspectos sociales inmateriales que llamamos tradiciones, costumbres, modo de dominar la naturaleza, valores y creencias, o sea, la cultura que pasa de una generación a la siguiente. La socialización engloba todo



aquello que hace referencia a la crianza infantil en sentido amplio y no solamente las acciones que deliberadamente realizan los padres para «educar como es debido» a sus hijos. Así comprende todo aquello que, quierase o no, contribuye a moldear al niño y a conseguir que sea miembro de una sociedad particular (BERELSON, B. y STEINER, G. A., 1964).

Inkeles, en el Handbook de Goslin dice por su parte:

En su sentido más amplio la socialización hace referencia al conjunto de experiencias de un individuo a lo largo de su vida, las cuales, según todas las apariencias, influirán en su comportamiento ulterior (INKELES, A., 1969).


Socialización ha reemplazado, en el vocabulario científico, al término Educación o Pedagogía, cargados de connotaciones filosóficas o normativo-valorativas (DANZIGER, K. 1971).

Socialización es un concepto muy amplio, de contenido poco preciso. En términos lógicos, posee una enorme extensión y una escasa comprensión.

A menudo *socialización* designa más bien un área general de estudio e investigación que un proceso bien delimitado. Es posible concretar si se trata de socialización en algún aspecto como socialización política o socialización a un grupo o relación social peculiar pero, aun aquí, es difícil marcar fronteras. Frecuentemente otros términos que se refieren a segmentos importantes de la socialización sirven para designar esta área de interés: crianza infantil, orientación social de la infancia, educación, enculturación, aprendizaje de roles, preparación profesional, preparación para el matrimonio y la paternidad, adaptación o ajuste a situaciones sociales de cambio ya sea de poder personal, de demandas sociales o de grupos de referencia. Como área de investigación en ciencias del comportamiento, la socialización comprende todas las anteriores rúbricas, engloba la adquisición de motivaciones y sentimientos así como la puesta a punto de las capacidades físicas y cognitivas. El concepto de socialización abarca asimismo, los esfuerzos de los agentes de la sociedad (padres, maestros, predicadores, gente madura y experimentada) que de manera formal asumen la transmisión de las normas existentes y aseguran su cumplimiento. También incluye las actividades de los participantes en las formas diversas de relacionarse mutuamente (pandillas, noviazgo, matrimonio, grupos ocupacionales) y que se encaminan al establecimiento de expectativas de comportamiento estables (CLAUSEN, J. A., 1968).


Cerner, por tanto, el problema y tratar de reducirlo a un núcleo común es una empresa de éxito dudoso. No hay en las Ciencias Sociales criterios formales y/o universales que puedan atraer el consenso de toda la comunidad científica en torno a este tipo de temas. Es probablemente más productivo —y esta es la opción presente— hacer una exposición de los enfoques con que las distintas Ciencias Sociales abordan la socialización; compararlos, contrastarlos y buscar cómo articularlos.

Socialización es el término que emplean preferentemente los psicólogos sociales y sociólogos. Los antropólogos prefieren hablar de enculturación que, a todos los efectos, es un sinónimo. Los etólogos también lo han adoptado en sus es-



tudios del comportamiento animal. Es más rara su utilización por parte de los psicólogos ya que el tema de la socialización queda prácticamente recubierto por el área de la psicología del desarrollo. En primera aproximación, cualquiera que sea la disciplina y la denominación de esta área de interés, el tema se aborda aceptando implícitamente dos instancias o dos polos de referencia. Uno de ellos es el individuo-en-proceso-de-socialización; el enfoque tradicional hace de él el *sujeto paciente*. El otro polo, el *agente*, recibe distintas denominaciones (la sociedad, la familia, el medio ambiente y otros), según el paradigma que guía el *approach*. La diferencia entre éstos va, sin embargo, mucho más allá; por ejemplo, el Psicoanálisis y la Psicología Social ponen insistencia especial en la familia como agente de socialización pero, a nivel de los mecanismos o estrategias en que el proceso global se desmenuza, ambas ciencias difieren profundamente. En qué medida es necesario descender a mecanismos o estrategias en el proceso de socialización es algo que depende de la organización del sistema de variables propio de cada disciplina. La Sociología sistemáticamente se lo ha vedado y así su enfoque resulta apenas algo más que descriptivo. Influida, sin duda, por una tradición durkheimiana, la Sociología supone que la sociedad “moldea” al individuo. Sociedad es una variable de altísimo nivel de abstracción y aunque los sociólogos descendan a nivel de las instituciones (particularmente familia, *peer-group*, escuela) para explicar la socialización, el alcance de sus proposiciones sigue siendo muy general. Los antropólogos sortearon este escollo y la Escuela de Cultura y Personalidad fue la respuesta a la dificultad evidente de explicar cómo la cultura “moldea” a los individuos. La Psicología Social recurre a la noción de rol y a los procesos de interacción simbólica para explicar el proceso de socialización.

Con respecto a los psicólogos cabe preguntarse si también ellos tienen participación en esta *mesa redonda*. Todo depende de donde situemos el centro de gravedad del dipolo individuo-sociedad. En la medida que aceptemos que el niño no es una *tabula rasa* sino que reacciona, explora, aprende, es difícil soslayar la cuestión de qué subprocesos con asiento en el individuo hay en juego dentro del proceso general de *convertirse en persona*. Si este punto de vista gana nuestro favor, sustituiremos variables como familia o *peer-group* por otras, conectadas con ellas, pero que contemplen la interacción del niño con su medio ambiente en términos de *inputs* concretos, los cuales —a su vez— serán relacionados con el comportamiento-reacción. Nos aproximamos a la situación de laboratorio en que las variables que se manipulan son abstracciones que se han extraído del medio ambiente pero que tienen la propiedad de ser mensurables. El psicólogo se sitúa a estos niveles y su enfoque peculiar de lo que hasta ahora era *socialización*



es aquí *desarrollo del comportamiento*. Por razones que no vienen al caso comentar, la *Developmental Psychology* americana es una Psicología de laboratorio, más o menos sofisticada, pero que está generalmente segregada de lo social. Las consecuencias ocuparán una buena parte de nuestra exposición. Aquí sólo se trata de justificar el que demos un lugar a la Psicología del desarrollo dentro de un estudio sobre la socialización. Hay razones para aceptarla y para rechazarla. La nuestra es una tentativa de encontrar las prolongaciones sociales (y criticar las acotaciones artificiosas del laboratorio) de los resultados de la Psicología.

Antes hemos aludido a la Etología. En tanto cuanto *estudio biológico del comportamiento* no puede dejar de acudir a esta cita. La Etología o, mejor aún, la Psico-biología mantiene una posición más equilibrada dentro de la bipolaridad que preside cualquier enfoque de la socialización o desarrollo del comportamiento. La Psico-biología nos pone enfrente de las raíces biológicas del comportamiento humano. Como proposición básica establece que el fenotipo es el resultado, en cada caso, de una interacción entre el genotipo y el medio ambiente. Una de sus indagaciones fundamentales es la génesis del comportamiento en las especies (ontogenia del comportamiento). Aquí es donde entra en los terrenos de la socialización.

¿Convierte un análisis de la contribución de la Sociología, Psicología Social, Antropología, Psicología y Etología al tema de la socialización, esta empresa en un proyecto interdisciplinar? Depende de lo que entendamos por interdisciplinar pero, *a priori* un intento de enfoque comparativo no es interdisciplinar sino *pluridisciplinar*. El autor de estas líneas es bastante escéptico acerca de las posibilidades actuales de lo interdisciplinar en Ciencias Humanas. En parte porque muchos científicos profesan sus paradigmas como credos religiosos y la incomunicación (junto con la excomunión) es harto más frecuente que los intercambios fecundantes. Otra cuestión más de fondo que reduce la interdisciplinariedad a las escasas mesas redondas costeadas por las *research foundations* es la carencia de un paradigma básico acerca del comportamiento humano (incluso animal) que sirva de núcleo de discusión y trabajo. Los científicos sociales están de acuerdo en que el comportamiento puede describirse como algo jerarquizado. Sin embargo, cualquier intento global de descripción o clasificación dentro de esta perspectiva aparece como muy problemático. La práctica científica acota, a efectos de investigación, áreas del comportamiento que considera autónomas. Este procedimiento heurístico es totalmente legítimo. Pero cómo los distintos subsistemas (personalidad, cognición, aprendizaje y otros) se estructuran en una perspectiva global, es un misterio. Cada cual es una especie de ameba de contornos fluidos que se recubren mutuamente. Carecemos de un plano topográfico ge-



neral que nos los sitúe dentro de una estructura. Esta topografía o topología es además imposible mientras el tipo de definiciones de las ciencias del comportamiento utilice géneros próximos tan vagos como *proceso*, *estado*, *organización dinámica* y otros. En estas circunstancias, y volviendo a lo de arriba, la interdisciplinariedad puede sólo conseguirse en torno a un trabajo de investigación cuando diversos paradigmas operacionalizados convergen en un terreno común. Mientras sea especulativa, obra de un autor y parta sólo del examen de las diferencias teóricas acerca de un tema corre el riesgo de abocar a un compromiso ecléctico sin mayor trascendencia.

Otro problema que hay que aflorar es el de que el proceso de socialización o sus correspondientes de desarrollo u ontogenia del comportamiento se inscriben en un eje de tiempos. La observación, superficial y controlada, descubre diferencias en las manifestaciones exteriores del mismo que la pasión clasificadora ha trasladado en etapas o estadios. Existen tantas clasificaciones casi como autores y paradigmas del proceso de socialización o desarrollo. Afortunadamente aquí podemos establecer con cierta base criterios que nos permitan decidir si una secuencia es una buena clasificación etápica o no.

Por último, hay que justificar el orden que hemos adoptado en esta exposición. Responde a la idea, ya enunciada, de que hay una gradación en el nivel de predicación de las variables de que nos servimos en el estudio del comportamiento. Si tomamos, por ejemplo, el comportamiento maternal ante el recién nacido, hay en él desencadenantes hormonales, intervienen procesos perceptivos, de personalidad, se asumen roles sociales, influyen peculiaridades culturales (modos de crianza), el modo de organización familiar, la clase social, etc. Si estudiamos la socialización infantil dentro del grupo de camaradas, podemos distinguir, dentro de la rúbrica general de interacción, diversos efectos sobre el niño-en-proceso-de-socialización: la adquisición de ciertas reglas sociales, el aprendizaje de roles, la activación de ciertos esquemas musculares, en el juego, la activación de procesos imaginativo-cognitivos. Postularemos que es posible ordenar, *grosso modo*, estas variables independientes o dependientes según niveles de predicación, siendo más bajo aquél en que se analiza la interacción individuo/medio ambiente en términos de *inputs* simples (sensaciones, percepciones elementales); el más elevado es el que analiza la interacción a partir de *inputs* globales, descomponibles en cierto número de otros más simples (dimensionalización) y que exigen por parte del individuo un procesamiento complejo.

A modo de ejemplo, una tentativa de organizar niveles de predicación puede ser la siguiente:



Sociedad y Cultura

Ecología

Estructura Social

Instituciones (familia, sistema ocupacional...)

Personalidad Social

Roles

Personalidad

Cognición (*belief systems, modes of thought*)

Emoción


Percepción

Individuo

Mecanismos neurofisiológicos

Esta ordenación procede, (de abajo arriba) de lo biológico a lo socio-cultural y las variables que se sitúan en el extremo superior son las más abstractas y menos susceptibles de control experimental. El valor explicativo de las mismas depende de su reducción encadenada a niveles cada vez más cercanos a las manifestaciones individuales del comportamiento con quien han de ser relacionadas. Por ejemplo, un antropólogo puede demostrar que la ecología influye en la estructura social de un grupo; ésta incluye ciertas formas de agrupación familiar y parentesco que pueden tener influencia sobre la personalidad del niño a través de prácticas de crianza y educación, y se descomponen —en último análisis— en los elementos emotivos y perceptivos que acompañan la maduración biológica del niño. No es, por supuesto, posible abarcar toda la gama de variables que pueden dar razón de un proceso ubicado en la persona y hay que limitarse a subniveles. Las razones de ello se discutirán más tarde.

La exposición pluridisciplinar de la socialización se articula aquí partiendo del nivel biológico hasta llegar al nivel social. Arranca de la Etología (Psicobiología) y de las raíces biológicas de la persona. Sigue por la Psicología en donde tanto el Psicoanálisis como la Psicología del desarrollo cognitivo reconocen explícitamente los fundamentos biológicos de sus respectivos paradigmas aunque sus orientaciones sean diferentes. A continuación viene la Antropología que, en dos de sus vertientes, Cultura-Personalidad y Antropología Cognitiva, prolonga y despliega una panorámica cultural a las aportaciones del Psicoanálisis y de la Psicología cognitiva respectivamente. La influencia del substrato biológico se establece sin dificultad hasta este nivel y podría servir de base para un seductor intento de articulación expositiva del proceso de socialización u ontogenia del comportamiento que integre la variedad y variabilidad de grupos humanos. Acto seguido se aborda el problema del lenguaje y socialización. El lenguaje es la *plaque tournante*, sirve de nexo entre fenómenos típicamente biológicos y netamente sociales. Es el refinamiento de la capacidad de comunicación fruto de la



evolución de las especies. La comunicación es algo constitutivo de la sociabilidad y, por tanto, de la socialización. Pero en ésta cumplen también su papel otras formas de interacción simbólica. A través de ellas particularmente, aprehendemos los roles sociales. Consideraremos ésta como la contribución particular de la Psicología Social al estudio de la socialización. En cuanto a la Sociología, su aportación es quizá la más ambigua y peor definida. La sociedad o las instituciones son *constructos* de un nivel de predicación demasiado elevado y carecen de valor explicativo cuando se «proyectan» tal cual sobre el individuo. Los sociólogos, si no se resignan a afirmaciones vagas, han de echar mano de variables mediadoras como la noción de rol, o aplican nociones extraídas claramente de la Psicología como lo hace Parsons en su aproximación psicoanalítica a este problema.

Una vez completada esta exposición, dedicaremos una última sección a la discusión de los problemas metodológicos y epistemológicos globales que el análisis de los distintos *approach* nos ha sugerido.

BIBLIOGRAFÍA

- BERELSON, B. y STEINER, G. A., 1964, *Human Behavior. An Inventory of Scientific Findings*, Harcourt, Brace y World.
- CLAUSEN, J. (Ed.) 1968, *Socialization and Society*, Boston, Little, Brown.
- DANZIGUER, Kurt, 1971, *Socialization*, Penguin Books.
- INKELES, A., 1969, «Social Structure and Socialization», en GOSLIN, D. A., *Handbook of Socialization*, Chicago, Rand Mc Nally.

FUNDAMENTOS BIOLÓGICOS DE LA SOCIALIZACIÓN

PERSPECTIVA ETOLÓGICA

La Etología es el estudio biológico del comportamiento (TINBERGEN, 1963). En su versión clásica se sobreentiende comportamiento animal. Ello significa, ante todo, *descripción*: la etología construye los etogramas o repertorios detallados de pautas de comportamiento. Si bien entre observación y descripción del comportamiento, por más elemental que sea, media un complicado proceso (HINDE, 1959) y el etólogo es consciente de que toda descripción es un *parti-pris*, es ésta una etapa necesaria para sus propositos. *Connaître c'est décrire pour retrouver*, decía Bachelard. El estudio del comportamiento, en segundo lugar, indaga las

causas del mismo. El problema de la causación es muy vasto y ambiguo. Cuando nos preguntamos acerca del *por qué este animal actúa así* la pregunta puede interpretarse desde cuatro ángulos distintos:

Qué estímulos (internos o externos) han desencadenado inmediatamente este comportamiento.

A qué lleva este comportamiento. O sea, cuál es su función.

Cómo este comportamiento ha surgido dentro del conjunto de pautas que caracterizan una especie. Es el problema de la historia del comportamiento y que tiene dos vertientes: la de la aparición del comportamiento dentro de la especie (filogenia) y la de sus génesis en cada representante de la misma (ontogenia). El interés de la Etología en la filogenia/ontogenia del comportamiento, significa que una pieza fundamental de su paradigma es la teoría de la evolución de las especies. Con respecto al hombre, profesa no sólo que es parte integrante del reino animal, sino que su *status* actual (el epitome del proceso evolutivo) es fruto de sucesivas adaptaciones altamente selectivas y logradas.

Cómo la evolución sigue en vigor; una última cuestión que la Etología se plantea acerca del comportamiento es su significación en aras a la supervivencia de la especie. Este aspecto ha sido recientemente asumido por la Sociobiología (WILSON, 1975. BARASH, 1976).

El enfoque clásico del comportamiento animal que se manifiesta en la interacción de dos individuos de una especie (los trabajos de Lorenz y Tinbergen), abrió la puerta a fecundas especulaciones acerca de la evolución de las pautas de comportamiento; toda manifestación actual del mismo dentro de una especie tiene una significación selectivo-adaptativa. A la búsqueda de una formulación más rigurosa, la idea de adaptación ha pasado de ser el concepto limitado de *adaptación individual* a un concepto de *adaptación de grupo* a un medio ambiente caracterizado por parámetros ecológicos. Ello ha dado origen a la *Etología Social* (CROOK, 1970. CROOK y GOSS CUSTARD, 1972). Dentro de esta perspectiva, más amplia, no sólo la interacción entre los individuos de un grupo sino el grupo mismo en sus peculiaridades de comportamiento, se consideran como *resultado directo de una selección natural y adaptada a las circunstancias que lo han moldeado* (CROOK, 1970). El comportamiento social y las formas de asociación animal son, pues, producto de la selección y adaptación. Hay probablemente una gradación filogenética que va del reconocimiento del otro-de-la-misma-especie, pasando por la comunicación:

La cooperación, hasta la formación de vínculos asociativos, que da paso a los grupos estables. Uno de éstos, el más elemental, es el que forman la madre con las crías. Recientemente



te la Sociobiología ha tratado de resolver el enigma del comportamiento altruístico: ¿cómo conciliar el *parental investment* en la crianza con el imperativo de la supervivencia individual? (HAMILTON, 1963; WILSON, 1975; BARASH, 1976). Porque no es tan inmediato como parece el que una madre (y esporádicamente el padre) haga lo que en las especies superiores se hace por la alimentación, cuidado y protección de su prole. Por parte de la cría animal, la necesidad de una adaptación a su grupo y a su medio ambiente son *conditio sine qua non* de supervivencia biológica. Son además el test de su éxito reproductivo. La Etología establece que los mecanismos de aprendizaje son asimismo (y cualquiera que sea la complejidad que se les preste) un resultado de la selección y adaptación evolutivas. *Learning processes serve and are an extension of the process of evolution* (HALL, 1968).

Éste es, pues, el significado que adquiere el proceso de socialización dentro del enfoque etológico.

La Etología presta un particular interés a la génesis en cada individuo, del comportamiento específico de su especie (ontogenia del comportamiento). Filogenia y ontogenia del comportamiento son problemas íntimamente ligados, no tanto porque la segunda reproduzca la primera, sino porque la manifestación externa de cualquier comportamiento puede ser fruto de una información transmitida en el código genético, mientras que en otros casos es inducido a través del aprendizaje. Aquí tocamos de pleno el debatido y polémico tema de *nature/nurture*, instinto/aprendizaje, innato/adquirido, etc. (etiquetas diversas para el mismo problema). Sobre este asunto se han vertido ríos de tinta (véase, por ejemplo LORENZ, 1965; LEHRMAN, 1970; MOLTZ, 1965; WHALEN, 1971; ANASTASI, 1958) pero no deja de ser curioso que, a pesar de que todos están de acuerdo en que, planteado en estos términos el problema carece de sentido, ninguna explicación ha zanjado definitivamente el asunto y periódicamente asistimos y asistiremos a nuevos brotes del mismo (BATESON, 1976).

Cualquiera que sea el desarrollo ulterior y los resultados de esta controversia, la investigación acerca del desarrollo del comportamiento individual es una de las tareas primordiales de la Etología. Primero, porque no es posible entender el comportamiento normal-adulto en su complejidad, sin estudiar su génesis en los individuos de la especie; la observación y la experimentación en distintas fases del desarrollo aparecen, así, como absolutamente necesarias. Segundo, porque ciertos fenómenos típicos de algunas especies animales, como el *imprinting* en los pájaros y los *periodos críticos*, merecen una atención especial para entender el proceso del desarrollo en una perspectiva comparativa. Tercero, la observación de los modos de aprendizaje y *adquisición de las reglas sociales* de un animal en su grupo es una de las vías para entender la organización social del mismo; ésta posee en relación con el biotopo correspondiente, un valor de supervivencia que hay que dilucidar. Por último,

del proceso de desarrollo y de las fases de aparición de comportamientos funcionales se pueden hacer inferencias filogenéticas, dentro de una perspectiva comparativista. Dentro de este contexto global, se ha dedicado un considerable esfuerzo al estudio de las prácticas de crianza y «educación» en diversas especies animales, particularmente pájaros y mamíferos. Ocupan un lugar destacado los estudios sobre primates y su socialización.

SOCIALIZACIÓN DE LOS PRIMATES

El estudio de la socialización entre los primates afronta los mismos problemas metodológicos y expositivos que la socialización humana. No existe un marco teórico adecuado que organice satisfactoriamente los datos dispersos que nos proporciona la Primatología. (Pueden verse sendos intentos en POTTER, 1972 y WILLIAMS, 1972). En segundo lugar, a pesar de que los estudios de campo y de laboratorio con primates son cada vez más numerosos y de que muchos contienen observaciones preciosas acerca de la socialización y desarrollo infantil, están dispersos a través de variedades de especies, cada uno con sus peculiaridades conductuales y de medio ambiente. Como resultado, la información es fragmentaria y poco coherente. Todos los primatólogos están de acuerdo en que la socialización depende estrechamente de la estructura social del grupo y que, a su vez, está relacionada con las variables ecológicas (CROOK, 1970) pero como interfieren esos tres manojos de variables es, hoy por hoy, materia sólo de interesantes hipótesis.

Hay que adentrarse en el estudio de la socialización de los primates con cierta cautela ya que la selección y organización de los datos reflejan, sin querer, nuestras propias concepciones (incluso valoraciones) de la socialización humana. Hay que ser precavido en las analogías y extrapolaciones a las que tan proclives

somos.

Mi último comentario se refiere al valor que pueden tener las comparaciones entre los primates con los otros vertebrados por una parte, y el hombre por otra. Lo más fructífero, sin lugar a dudas, es sacar a la luz las similitudes de los principios que subyacen en la adaptación social de los otros vertebrados inferiores, ya que, una vez que las hayamos descubierto, aparecerán más claramente las diferencias que los separan de los primates. Las tareas de comparar a estos últimos con los grupos humanos pueden adoptar varias formas: se podría tratar de construir la sociedad de pre-hominidos o de los homínidos primitivos sin útiles ni herramientas; también pueden intentarse analogías provisionales, poco refinadas, como las que hoy en día se acostumbran a establecer entre los grupos humanos o entre monos y antropoides. La validez de unos y otros vendrá dada por el avance del análisis crítico y del estudio experimental y de observación de las especies más adaptadas. Los elementos que se usan en la reconstrucción y analogías deben obtenerse separadamente, seleccionando las interrela-




ciones llamativas en especies que muestran adaptaciones diferentes y no únicamente en los monos antropoides (HALL, 1968).

La socialización de los primates ha sido tratada específicamente por HINDE (1974), por POITIER (1972) y CHEVALIER-SKOLNIOFF (1976). Pero además en todas las compilaciones clásicas sobre el tema se encuentran bastantes artículos que le dedican un espacio a veces sustancial (ALTMANN, 1967, DEVORE, 1965, JAY, 1968, MORRIS, 1967, ROWELL, 1972). En estas y otras contribuciones, de las que haremos mención, alternan los estudios, en medio natural, de diversas especies junto con las experiencias de laboratorio. Ambas se complementan necesariamente.

Para el monito recién nacido, y durante los primeros meses de su existencia, su mundo (el *umwelt* en el sentido de Von Üexkull) se organiza teniendo el cuerpo de la madre como referencial insustituible. Dotado de un reflejo primerizo de *agarrar*, permanece asido a su madre, ya sea vientre a vientre, ya sea cabalgando sobre su espalda. Con frecuencia la madre lo tiene en brazos. Jensen y sus colaboradores han estudiado detalladamente esta postura (JENSEN, *et al.* 1967) y llegan a afirmar que (en el laboratorio) *es probablemente el comportamiento maternal más típico*. La importancia del contacto físico entre madre e hijo ha sido evidenciada por los clásicos experimentos de Harlow con monos *rhesus*, y todo hace pensar que no se restringe solamente a esta especie (HARLOW, 1959). Este *confortable contacto*, como él lo llama, parece ser una *conditio sine qua non* del desarrollo normal.

El contacto físico es una forma *sui generis* de comunicación entre la madre y el hijo, y da paso a otras formas de comunicación más elaboradas. Hay en la interacción madre-cría, tal como se observa en los primates, un proceso acelerado de estimulación recíproca mediante la cual los esquemas conductuales se van configurando en comportamientos observables. Esto no sólo por parte del recién nacido sino, también y paralelamente, del lado de la madre. Gran parte del comportamiento maternal es desencadenado por las hormonas, pero se mantiene y se modula por un delicado *interplay* de sensaciones y percepciones mutuas y gratificantes. Comportamientos plenamente sociales como son los *display* comunicativos, la adquisición del rango jerárquico, el apareamiento, el cuidado de las crías son primeramente aprendidos vía *interacción con la madre*. Sólo en caso de que ésta falle, pueden ser recuperados vía socialización por otros adultos, y muy particularmente mediante el juego infantil y juvenil. (HARLOW y HARLOW, 1962).

La díada madre-cría constituyen, pues, un mini-sistema social básico, que es el fundamento de la adaptación social posterior del adulto. Pero aún siendo invariablemente un vínculo muy fuerte, hay diferencias entre especie y especie en cuanto a la exclusividad que ciertas madres se arrojan o, si se quiere, la tole-



rancia que tienen ante el interés de otros miembros del grupo por los recién nacidos. Esto es mucho más frecuente en las hembras que en los machos. Las hembras de ciertas especies como los *bonnet macacos* y algunos babuinos dejan que sus compañeras tengan a sus crías en brazos y las manipulen. La manera como las hembras adultas y jóvenes, inspeccionan, olfatean y tocan a las criaturas es notablemente diferente según sean machos o hembras (mucho más insistente en los primeros) lo cual parece que influye en la diferenciación sexual del comportamiento ulterior (ROSENBLUM y KAUFMAN, 1967). En contadas especies él o los machos manifiestan igual grado de interés; más bien la regla parece ser la de una casi completa indiferencia. Sólo cuando el mono alcanza su fase juvenil, entonces parece haber alguna relación más esporádica, que casi siempre es iniciada por el joven (véase un sumario de todo este aspecto en MITCHELL y BRANDT, 1972).

A medida que el mono va creciendo, la interacción con la madre, sin dejar de ser preferencial, deja de ser exclusiva. El comportamiento exploratorio, que en los primeros momentos se centraba en el cuerpo materno, se extiende ahora al medio ambiente. El punto fundamental de referencia sigue siendo, con todo, la madre a quien la cría torna precipitadamente cada vez que en sus excursiones tropieza con un estímulo desconocido. Esta actividad le pone naturalmente en contacto con el resto del grupo social y particularmente con su *peer-group*, dentro del cual se realiza una parte considerable de su socialización. En la fase de segregación de la madre y el hijo aquélla juega un importante papel. Se ha pretendido explicar este proceso como efecto, simplemente, de la curiosidad y de los estímulos provenientes del mundo exterior, a los que hace juego el rechazo paulatino de la madre. El momento culminante sería el destete. Pero esta explicación vía descripción-interpretación ha sido desplazada por una interesante especulación sociobiológica según la cual el rechazo materno y el disgusto consiguiente que experimenta la cría, son dos aspectos complementarios del mismo fenómeno de *supervivencia genética* (inclusive *fitness*). (TRIVERS, 1974). En efecto, en orden a reproducirse y transmitir el mayor número de genes a la generación siguiente, la cría retira beneficio de una más prolongada dependencia nutritiva de la madre y de su protección inmediata; por parte de la madre, los mismos «cálculos» la llevan a reproducirse de nuevo (a invertir sus energías en una nueva cría). El análisis de Trivers, en una perspectiva económica de coste-beneficio le lleva a predecir y evaluar las fases del conflicto y a asignar como punto culminante la época de destete. El trauma del destete (que tanto ha preocupado a psicoanalistas y psicólogos del desarrollo infantil humano) se inscribiría, según estas ideas, en una estrategia evolutiva que desborda ampliamente el mini-sistema familiar y apunta a la conservación y ajuste global de la especie.



Sea como fuere, el joven primate encuentra al separarse de su madre un segundo sistema social: el grupo de camaradas de la misma edad, *probablemente el más importante de todos los sistemas afectivos y el que tiene efectos más intensos en el ajuste, a largo plazo, de la persona en el medio social* (HARLOW, 1969). Aquí la motivación exploratoria encuentra su cauce adecuado, y se expresa ordinariamente a través del juego. Acerca de la importancia del juego, para el desarrollo y socialización de los primates, hay un consenso general (LOIZOS, 1967; WELKER, 1971; DOLHINOW y BISHOP, 1970; LANCASTER, 1972; POIRIER y SMITH, 1974; BALDWIN, 1977).

Su origen y sus funciones han dado pie a interesantes hipótesis. Poirier resume así el estado de la cuestión:

Las crías parecen adaptarse a sus camaradas y aprenden a ser miembros efectivos de la sociedad, a través del juego. Mediante ensayos y errores, a través de una reiteración continua de los comportamientos característicos que constituyen el juego, una cría aprende los límites de su capacidad de auto-afirmación. El grupo de juego es el contexto de un tal aprendizaje (...). La jerarquía de dominación que luego se pondrá de manifiesto en la fase adulta, echa sus raíces en el grupo de juego donde los monitos compiten por el alimento, lugar de descanso o por los desplazamientos más cómodos en la espesura del bosque. Aunque la agresividad parece que se deriva en alguna manera del juego-lucha, ciertas formas de juego pueden contribuir a una conducta cooperativa y positiva para el grupo, por parte del joven. En el grupo de juego, los pequeños establecen lazos sociales estrechos que más tarde les ayudarán a mantener la cohesión de la tropa. Las crías aprenden a mezclarse unas con otras en el juego; también allí sientan las bases de una personalidad plenamente integrada (POIRIER, 1972).

Los esquemas corporales que en la adultez han de ponerse en juego en el apareamiento sexual son, particularmente en los machos, configurados a través del juego (ROSENBLUN, 1965). También el juego, en su vertiente exploratoria y creativa, tiene un alto valor de supervivencia para el grupo, pues favorece la plasticidad adaptativa del joven a cambios en el medio ambiente (HARPER, 1970). Harlow, como consecuencia de sus experimentos, llega a afirmar que el *peer-group* puede sustituir satisfactoriamente la ausencia de la madre, en lo que toca a desarrollo del comportamiento normal ulterior (HARLOW, 1969). Es posible que sea ésta una apreciación un tanto extremada y sólo válida dentro de las condiciones de laboratorio (BEACH, 1965).

La exposición precedente ha sido meramente descriptiva. Es necesario sin embargo, penetrar en las estrategias que entran en juego en todo proceso de socialización. Como ya hemos dicho, la socialización dentro del dualismo naturaleza/medio ambiente que preside toda especulación acerca de la ontogenia del comportamiento o del desarrollo infantil, se sitúa más bien del lado de la cultura o medio ambiente. Socialización hace más bien referencia a lo *aprendido* que a lo *innato*. El fenómeno del aprendizaje que Thorpe define como *la organi-*

zación del comportamiento como resultado de la experiencia (THORPE, 1956) es algo completamente general en los seres vivientes, desde los microorganismos hasta los primates. Es una consecuencia del principio evolutivo de adaptación: la capacidad de estimulación del medio ambiente y, además estará más especialmente dirigida a las características del mismo que más pueden influir en la supervivencia de la especie. La capacidad de aprendizaje está asimismo en relación con la posición en la escala evolutiva (aunque no de manera rigurosa), en tanto en cuanto reposa sobre el sistema nervioso. No existe —en contra de la hipótesis de ciertos psicólogos de laboratorio— una *ley general de aprendizaje* que se aplique a cualquier ser viviente; antes bien, cada especie ha evolucionado enfocándose en aquellos aspectos de su medio ambiente que más frecuentemente ha de afrontar. Las ratas, por ejemplo, tienen una magnífica capacidad exploratoria y aprenden rápidamente a evitar alimentos nocivos que identifican por el gusto. Los polluelos están mejor dotados para aprender formas y colores, etc. Sólo al llegar a los mamíferos superiores nos encontramos con una aptitud mucho más general para el aprendizaje adaptativo y allí donde la vida social juega un papel importante, el aprendizaje a través del proceso de socialización también es intenso. Los pájaros acuáticos aprenden de sus progenitores el camino del nido al estanque (KEAR, 1970), los ciervos aprenden de generación en generación las travesías migratorias (ETKIN, 1964), los lobos y los chacales aprenden las estrategias de la caza de la manada (ETKIN, 1964). Refiriéndose a los monos, Hall ha escrito:

La coordinación de las actividades del grupo y la uniformidad relativa de hábitos parecen ser una consecuencia de los procesos de aprendizaje social. Algunos de estos procesos son el de *seguir*, el de la *facilitación social* y el del *aprendizaje por observación*. El pequeño sigue a su madre en las acciones que ésta ejecuta en los primeros periodos de su vida, *modela* sus actividades y el modo de orientarse hacia las cosas según ve en su madre. Muchos comportamientos animales se inician o se facilitan al percibir el ejemplo de otros miembros del grupo. Cualquier animal puede observar el comportamiento de otro y, ya tenga presente o no esta referencia ulteriormente, puede que actúe de la misma manera, en idéntica situación. Estos tres procesos que se articulan mutuamente constituyen un sistema interaccional más o menos continuado. A través de él el individuo adquiere hábitos alimenticios, astucias para evitar peligros, costumbres de agregación y dispersión que le permitirán sobrevivir (HALL, 1968).

A un nivel casi molecular, cabe preguntarse por los procesos neuromusculares que dan cuenta de estos aprendizajes. ¿En qué consiste específicamente la imitación? ¿Puede explicarse dentro del mecanismo de refuerzo condicionado? Al parecer no o, por lo menos, no en toda su generalidad. Es más, *no existen, actualmente, los fundamentos empíricos necesarios que permitan establecer un marco general o una formulación coherente de los fenómenos*




de imitación. (Para un tratamiento detallado sobre este tema véase DAVIS, 1973).

Antes de poner punto final al capítulo de la Etología propiamente dicha, y abrir paso a sus prolongaciones, Psicobiología y Etología humana, hemos de tornar a la cuestión que planteábamos al principio, a saber, qué es lo que reporta el estudio del comportamiento animal al conocimiento del comportamiento humano. Sobre este tema, aunque no existe ninguna elaboración extensa ni suficientemente convincente, hay un consenso general entre los etólogos. A pesar de la cautela con que hemos de manejar las analogías, en lo que toca a la ontogenia del comportamiento y particularmente del lado de los estímulos ambientales y sociales, es probablemente uno de los campos en que la analogía (en el sentido de LORENZ, 1974) puede resultar fecunda. Es también obvio que la experimentación y control de las variables sociales y ambientales que intervienen en el proceso de socialización sólo es factible con las especies animales. Como dice CROOK:

La importancia de la Etología para el estudio del comportamiento humano, no radica tanto en la *inferencia al hombre* cuanto en la comparación de modelos explicativos (...). Analogías sugerentes entre construcciones y diseños experimentales en campos tan distintos, pueden dar origen a hipótesis novedosas que relancen la investigación (CROOK, 1970).

En segundo lugar, la Etología abre nuevas perspectivas y simultáneamente plantea nuevos problemas acerca del comportamiento. Dentro del contexto evolucionista tiene en cuenta la bidireccionalidad implícita en la filogenia: no es sólo un rastreo de la historia y de la transformación de las pautas de comportamiento, sino también busca su significación en una perspectiva de supervivencia de la especie. La evolución no se ha estancado. Parafraseando a Moreno podemos reformular su cuestión en un contexto puramente biológico: ¿Quién sobrevivirá?

También hay un problema epistemológico que surge de todo estudio del comportamiento y que la Etología, a diferencia de otras escuelas psicológicas, ha sido más decidida en abordarlo: es el de su estructuración conceptual a partir del etograma. Sin embargo, como fatalmente ocurre cada vez que la ciencia se adentra en las sinuosidades de muchos de sus temas, la tarea está aún muy lejos de ser clarificada. Mientras la observación del comportamiento se centraba en los invertebrados o vertebrados inferiores, el etograma —secuencia estereotipada de movimientos que se obtiene mediante descomposición arbitraria de lo observable— era y es operativo. Al pasar al estudio de los mamíferos y primates resulta difícil construir un etograma en el sentido clásico por la doble razón de que nos es difícil aislar, a fines heurísticos, pautas-unidad y porque aun cuando sea plausible una tal división, dichas pautas no se configuran en secuencias de elementos previsible como para constituir un etograma típico. Esto ha llevado a ciertos investigadores a plantear el estudio de las consecuencias de comporta-




miento utilizando modelos probabilísticos (cadenas de Markov) y acudiendo a la teoría de la información (SIMPSON, 1973, NELSON, 1973). Intimamente ligado a esto, está el problema de la jerarquización de las pautas de comportamiento ya planteado por Tinbergen en la primera época de la Etología y que de nuevo está hoy día sobre el el tapete, arropado con todo el aparato teórico de la teoría de computadores e inteligencia artificial (DAWKINS, 1976). Si el comportamiento está jerarquizado, ¿tiene esto alguna implicación sobre el proceso de ontogenia del mismo?

Por último, la Etología, con su enfoque biológico del comportamiento animal, viene a ser la *plaque tournante* que da simultáneamente a las ciencias con enfoque *molar* como la Psicología y a las que lo hacen en un enfoque *molecular* como las Neurociencias y la Genética.

ETOLOGÍA HUMANA

La Etología no podía quedar confinada en el estudio del comportamiento animal. Desde hace aproximadamente tres lustros, un grupo de etólogos (particularmente ingleses) están tratando de aplicar el paradigma etológico al estudio del comportamiento humano. Ello significa concretamente una serie de opciones metodológicas y, en último análisis, una reorientación teórica. Estos estudios se llevan a cabo en situaciones naturales, pero están abiertos a control experimental de ciertas variables. La interpretación de los comportamientos repertoriados se sitúa dentro de la perspectiva evolucionista de la supervivencia. A nadie sorprenderá que la mayor parte de las incursiones de los etólogos en el dominio del comportamiento humano tengan por sujetos a los niños y en este sentido es interesante examinar, a la vez, la aplicación del paradigma y sus resultados. Los aspectos de la interacción madre-hijo y la interacción dentro del grupo de camaradas han sido objeto de elaboraciones más cuidadas que, a su vez, dan pie a nuevos desarrollos, hipótesis y observaciones.

En el primero de los temas hay que citar obligatoriamente los clásicos trabajos de John Bowlby en torno a lo que él ha bautizado con el nombre de *attachment* (BOWLBY, 1969). Éste, en una primera aproximación, incluye todas aquellas manifestaciones de contacto afectivo entre la madre y el niño: sonrisas, cariño, abrazos, besos, etc. que expresan, a la vez que configuran, el vínculo que une a ambos. Aunque psicoanalista de formación, Bowlby mantiene un enfoque del vínculo materno-filial que difiere notablemente del freudiano. Bowlby se sitúa de pleno en el campo etológico. Su idea es que el *attachment*, en su formación, tiene poco que ver con la satisfacción de necesidades de alimento y clima afectivo, y nada en absoluto con una propensión oral al contacto con el pecho materno



o un «deseo» de recobrar la seguridad de la fase fetal. El *attachment* sería, por el contrario, el resultado de ciertos esquemas de comportamiento que se desarrollan en el niño en relación con su adaptación al medio ambiente; esquemas que conducen a una interacción preferente con la figura materna. En términos etológicos, es una pauta de actividades que se traduce en mantenerse dentro de cierta distancia de la madre, estando regulada dicha distancia por estímulos del medio ambiente. Si el niño, por ejemplo, se asusta ante un objeto o persona desconocida se agarra a su madre. Los esquemas conductuales que tienen como resultado el mantener la proximidad o distancia son numerosos en el reino animal. La función que se les presta es diferente y h) de ser en cada caso dilucidada. Bowlby piensa que el *attachment* está en relación con el peligro de los animales depredadores. Esta interpretación es quizá un poco estrecha a la hora de dar cuenta de un comportamiento tan intenso aún cuando en el estadio actual de la evolución humana (por lo menos en la civilización urbana) los depredadores, en sentido literal, no representan la misma amenaza que antaño. Probablemente el *attachment* tiene también como función facilitar el aprendizaje y la imitación de comportamientos sociales, lo cual es tan esencial para la supervivencia como el ponerse a salvo de los depredadores (KONNER, 1972). En la formación y estrechamiento del vínculo tanto la madre como el hijo desempeñan un papel activo. Dentro de esa amplia gama de manifestaciones que quedan cubiertas bajo la denominación de *comportamiento materno*, Bowlby señala la propensión de la madre a tener al niño en contacto corporal o a abrazarlo estrechamente cuando lo ha sacado de algún peligro. Por parte del pequeño, los balbuceos, gritos, sonrisas, toda clase de contacto oral o manual, lloros cuando la madre desaparece de su vista, intentos de seguirla gateando, etc. son manifestaciones de ese *attachment*. Como se ve es algo enormemente amplio y a la hora de operacionalizar esta pauta hay que proceder con cautela metodológica (BLURTON-JONES, 1972).

Las ideas de Bowlby han dado origen a numerosas investigaciones entre las que descuellan las de Mary Ainsworth sobre niños ugandeses y las de Schaffer y Emerson con niños escoceses (AINSWORTH, 1967; SCHAFFER y EMERSON, 1964), los cuales, a su vez, han servido al propio Bowlby para refinar la formulación de su marco teórico (BOWLBY, 1969). Posteriormente han aparecido otros trabajos, algunos de ellos recopilados por BLURTON-JONES (1972).

Junto con el *attachment* el segundo tema investigado dentro del marco teórico de la Etología es el de la formación de vínculos sociales en los *peer-group* infantiles. Mc Grew ha publicado una monografía del comportamiento infantil en una guardería infantil inglesa (MC GREW, 1972) que cubre los tópicos de organización social del grupo, con especial atención a la agresión, influencia de la densidad en el comportamiento y otros.

¿Qué resultados arrojan o prometen los estudios orientados por el paradigma etológico? En lo que respecta al problema de la socialización humana la impresión que dejan es un poco vaga. No se ve claramente a dónde van y que alcance pueden tener. Por una parte y ante el empeño de los etólogos por conseguir repertorios exhaustivos de pautas de comportamiento (como, por ejemplo, para caracterizar el *attachment* o el comportamiento social en la guardería infantil) hay que preguntarse si ello es factible. Ya hemos aludido a la dificultad que supone el construir los etogramas a medida que se asciende en la escala filogenética. Por otra parte, ¿qué significa un etograma cuando no se ve en lontananza ningún intento por una estructuración general del comportamiento, ni siquiera el de los animales más simples? La postura epistemológica del empirismo está llegando a un *impasse*. Hay miríadas de estudios *locales*, de comportamientos particulares, repertoriados minuciosamente dentro y fuera del paradigma etológico. Pero apenas hay quien se dedique a la tarea de integrar distintos repertorios de comportamientos, incluso dentro de la misma especie. El problema de la jerarquización-estructuración es sistemáticamente eludido. Ciertamente que la ciencia está muy inmadura para abordarlo, pero la razón principal quizá sea el «miedo al vacío». En esta situación nos preguntamos el alcance que tienen las investigaciones etológicas acerca del *attachment* (o de cualquier otra pauta) para el conocimiento global del comportamiento humano adolescente y/o adulto. No son criticables los etólogos por centrarse en interacciones relativamente simples (¡y aún!) y dejar de lado cuestiones de largo alcance. Todos estaremos de acuerdo con la siguiente afirmación de índole precaria: *los estudios sobre cómo es la interacción madre-hijo entre los monos, tienen como objeto principal descubrir cómo el comportamiento de la madre afecta a la cría y cómo el comportamiento de la cría afecta al de la madre*. Pero esta interacción recíproca no es simétrica en el sentido de que los esquemas de comportamiento de la madre ya están configurados, mientras que los de la cría están configurándose. Por tanto, en una perspectiva de desarrollo infantil, no hay paralelismo entre el comportamiento de la madre y el hijo (como no sea dentro de la rúbrica amplia de «comunicación»). Sin embargo, lo que interesa es arrojar luz sobre cómo la interacción configura el comportamiento infantil. El etograma contribuye a ello indudablemente pero hay que ir más lejos y pasar de estudios locales a estudios longitudinales.

SOCIALIZACIÓN EN LA PERSPECTIVA PSICO-BIOLÓGICA

La distinción entre una perspectiva estrictamente etológica y otra psico-

biológica es artificiosa. Ambas prácticamente se recubren pues sus presupuestos y sus miras son idénticas. Los considerandos evolutivos, genéticos, neurológicos, y hormonales del desarrollo infantil son compartidos en su totalidad. Las diferencias son más bien en el método de exposición y de trabajo que adoptan. La Etología se centra en el comportamiento animal y desde ahí trata de acercarse al comportamiento humano mediante consideraciones filogenéticas y comparativas; la Psico-biología aborda directamente al individuo humano y recurre retrospectivamente al comportamiento animal. La Etología adopta como procedimiento fundamental una observación detallada del comportamiento (etograma) en condiciones naturales o lo más cercanas a ello; la Psico-biología no es tan sistemática en el recurso al etograma y, dado que gran parte de su cuerpo de conocimientos se ha originado en Estados Unidos, donde se privilegia el trabajo de laboratorio, tiene una orientación más experimentalista.

Por otra parte, se advierte en la Psico-biología un enfoque ligeramente escorado hacia los aspectos moleculares del comportamiento, es decir, los neurofisiológicos. Incluye toda la orientación psico-fisiológica. El medio ambiente, donde se ubican los estímulos perceptivos, aparece así un tanto reducido a magnitudes físicas, *inputs* en luz, sonido, formas, etc. Es éste un reduccionismo heurístico legítimo. La complejidad de la interacción de un organismo con el medio ambiente exige que se acote el campo de variables que la encuadra. Así las percepciones de la voz o del rostro de la madre o el padre, desconocidos por parte del niño son considerados como percepción *tout court*. Sin embargo, es necesario posteriormente profundizar en las diferencias perceptuales que reposan a la vez que sirven de vehículo a diferencias sociales ¿A quién corresponde tomar en sus manos esta tarea?

¿Cuál es la contribución que un enfoque psicobiológico del desarrollo brinda a la teoría de la socialización? Aunque ésta parece que condensa su interés en los aspectos del medio ambiente que *moldearán* el comportamiento del niño en su camino hacia la adultez, el punto de vista psicobiológico tiene la virtud de compensar ese enfoque lateralizado y asentar toda la teoría de la socialización en sus fundamentos biológicos. Aunque incompleta, he aquí una lista de presupuestos que todo estudioso de la socialización humana no debe perder de vista al adentrarse en este campo¹.

1. El niño es diferente del adulto. Tiene un organismo diferente sobre todo neurológicamente hablando. *El niño está, de algún modo, más cerca de los orga-*


¹ Muchos de estos puntos me han sido sugeridos por la lectura del libro de NASH, John, *Developmental Psychology. A Psychobiological Approach*. Prentice, Hall, 1970.

nismos filogenéticamente inferiores que poseen una corteza cerebral poco desarrollada; en su estadio de inmadurez neurológica muchas de las funciones córtico-cerebrales o no existen o están poco formadas (NASH, 1970, p. 484). Es por tanto falso que el adulto sólo difiere del niño en la cantidad de experiencia que ha acumulado. En la medida en que los sistemas nerviosos infantil y adulto poseen distintas capacidades, su *umwelt* es diferente. No hace falta insistir en que el sistema de comunicación infantil es totalmente diferente que el del adulto, pero es interesante la observación de que el sistema de signos con que el niño comunica (incluso su primer lenguaje) posee mayor universalidad que el del adulto.

2. Un axioma que se atribuye a la posición de los *medio-ambientistas* es la de que el niño, al nacer, es una *tábula rasa*. (Es seguro que hoy día nadie adopta este punto de vista de manera radical, y es dudoso que alguien lo haya sostenido así en el pasado. Probablemente, cuando se esgrime, se hace a modo de artificio retórico, purto de partida de contra-argumentación). El organismo infantil, al nacer, tampoco es un producto *en serie* sobre el cual el medio ambiente va a acuñar su impronta. Los niños al nacer son diferentes porque tienen peculiaridades genéticas que están en la base de ulteriores manifestaciones fenotípicas de comportamiento. Hablar de programación-en-el-código-genético suele interpretarse como un desafío a todos los valores de libertad e igualdad humanas. Polémicas aparte, hay que clarificar este campo. El primer axioma de la Genética es que todo genotipo se traduce en fenotipo a través de una interacción con el medio ambiente (maduración, aprendizaje) y que en el transcurso de la misma la plasticidad del organismo permite una amplia gama de ajustes y modificaciones.

Los investigadores de las bases genéticas del comportamiento humano nunca han negado el papel decisivo del medio ambiente (ecología, cultura, crianza, etc.); sólo recuerdan que hay particularidades y diferencias residuales que no son explicables por condicionamientos del medio ambiente. Igualmente hay que decir que la casi totalidad de los aspectos conductuales en que, dentro de la especie humana se detecta la influencia genética son, hasta ahora, formas de comportamiento patológicas (esquizofrenia, fenilketonuria, y otros síndromes). De estas manifestaciones aberrantes inferimos que hay una ligazón entre genes y comportamiento que ha de poder rastrearse en otras pautas de individuos no atípicos. Otra consecuencia de este nuevo énfasis que se ha puesto en la Genética es que el contexto global en que se estudian las diferencias de comportamiento individuales es o ha de ser aquella población en que se circunscribe el intercambio de genes:

Sólo cuando uno contempla a los individuos dentro del contexto de su *deme* o población en la que se lleva a cabo los apareamientos, se pueden comprender totalmente las diferencias y semejanzas que hay entre ellos (FREEDMAN, 1974).



En términos más sociológicos, *breeding population* es aquella en la que se realizan habitualmente los matrimonios. En la práctica este contexto es cada vez más difícil de circunscribir por razones obvias de movilidad espacial.


3. Relacionado con lo anterior está el principio de que, dentro de la especie humana, hay que establecer una neta distinción biológica entre ambos sexos. El varón y la mujer están dotados de organismos diferentes: sus sistemas hormonales son distintos y probablemente sus sistemas nerviosos se organizan de manera algo distinta. La Etología es pródiga en observaciones en que el comportamiento de machos y hembras es diferente. La observación cotidiana dice lo mismo acerca de la especie humana. El hombre y la mujer se diferencian en su agresividad y, en parte como consecuencia, en la frecuencia con que inciden en comportamientos delictivos; se diferencian en sus estilos cognitivos y de comunicación verbal; en la etapa de desarrollo se diferencian en sus juegos y en su creatividad. Etcétera, pues sería largo hacer la lista de rasgos que distinguen al hombre de la mujer (HUTT, 1972). Pretender que estas diferencias sean exclusivamente fruto de la socialización (con perdón de Margaret Mead) parece un poco arriesgado. Es cierto que cada cultura ha desarrollado expectativas diferentes acerca de ambos sexos y que, salvo excepciones no significativas, hay bastante universalidad en las expectativas que diferencian los varones de las mujeres. ¿No será porque la cultura, lejos de ser lo *superorgánico* se halla profundamente enraizada en lo biológico y esta diferencia ha guiado sus derroteros? Esto, obviamente, no significa aceptar las manifestaciones de esa cultura que hacen de la mujer un ser inferior al varón. Significan más bien, dentro de una perspectiva humanista de la socialización, que cada cultura debe tomar pie en las diferencias entre los sexos y potenciar las peculiaridades de cada uno. Una cultura que trate idénticamente a ambos sexos a lo largo del proceso de socialización, casi seguro que conseguirá, mediante aprendizaje, limar diferencias. Los resultados a la larga no sabemos cuales pueden ser. En todo caso, dentro del paradigma psicobiológico (evolucionista) el dimorfismo sexual tiene su explicación. Queda por ver si el paradigma socio-cultural encuentra la suya para justificar una socialización que reduzca este dimorfismo a su mínima expresión.

4. Finalmente la perspectiva psicobiológica sitúa el proceso de socialización dentro del proceso de maduración orgánica. El niño, mediante el aprendizaje, va integrando los estímulos que recibe del medio ambiente en niveles cada vez más complejos: las sensaciones dan pie a las percepciones y éstas se integran en

un sistema cognitivo; de los apetitos orgánicos (*drives*) y las motivaciones surgirán las emociones; de la comunicación no verbal pasará al lenguaje y manipulación simbólico/abstracta. En todo este proceso el organismo infantil juega un papel muy activo, abierto como está a todos los estímulos y ávido explorador del mundo que le rodea. Cuando nos centramos en el sistema biológico es particularmente válido el enfoque dual que da el modelo *competence/automaton* inspirado en la distinción chomskyana de *competence/performance*. La Biología proporciona las bases del modelo que explica la competencia de un niño para generar el comportamiento propio de su especie. El estudio de su interacción con el medio ambiente (quédese por ahora con esta vaga etiqueta) ha de ser englobado en el otro modelo, el del autómatas, que dé cuenta de cómo se lleva a cabo el procesamiento de toda la información y se traduce en la *performance* del adolescente y del adulto.

BIBLIOGRAFÍA

- AINSWORTH, M., 1967, *Infancy in Uganda: Infant Care and the Growth of Attachment*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- ALTMANN, S. A. (Ed.), 1967, *Social communication among primates*, Chicago, Un. of Chicago Press.
- ANASTASI, ANNE, 1970, «Heredity. Environment and the question "How?"» en FITZGERALD, H. y MC KINNEY J. P. (Eds.) *Developmental Psychology*, The Dorsey Press, pp. 105-117.
- BALDWIN, JOHN y BALDWIN, J., 1977, «The role of Learning Phenomena in the Ontogeny of Exploration and Play» en CHEVALIER SKOLNIKOFF, S. y POIRIER, F. (eds.) *Biosocial Development among Primates*, Garland.
- BARASH, D. P., 1977, *Sociobiology and Behavior*, Elsevier.
- BEACH, Frank, 1965, «Retrospect and Prospect» en WILEY, JOHN (Ed.), *Sex and Behavior*.
- BATESON, P. P. G., 1976, «Specificity and the Origins of Behavior» en *Advances in the Study on Behavior*, 6, Academic Press.
- BLURTON-JONES, N. (Ed.) 1972, *Ethological Studies of Children Behavior*, Cambridge U. Press.
- BOWLBY, J., 1969, 1973, *Attachment and Loss*, vol. I, vol. II, London, Hogarth Press.
- CHEVALIER-SKOLNIKOFF, S. y POIRIER, F. (eds.) 1976, *Primate Socialization*, Chicago, Aldine.
- CROOK, J. H. y GOSS-CUSTARD, J. D., 1972, «Social Ethology» *Annual Rev. of Psychology*, 23, pp. 277-312.
- CROOK, J. H., 1970, «Social Organization and the Environment: Aspects of Contemporary Social Ethology» *Animal Behavior*, 18, pp. 187-209.
- DAVIS, Michael, 1973, «Imitation: A Review and Critique» en BATESON, P. P. G. y KLOPFER, PETER, H., *Perspectives in Ethology*, Plenum Press.
- DAWKINS, R. 1976, «Hierarchical Organization: A Candidate Principle for Ethology» en BATESON, P. P. C. y HINDE, R. A. (eds.) *Growing Points in Ethology*, Cambridge U. P.

- 
- DE VORE, I. (ed.) 1965. *Primate Behavior*. New York, Holt Rinehart, Winston.
- DOLHINOW, P. C. y BISHOP, N., 1970. «The Development of Motor Skills and Social Relationships among primates through Social Play» en *Min Symp Child Pasy*, 4, pp. 141-198.
- ETKIN, WILLIAM. 1964. «Theories of Socialization and Communication» en ETKIN, W. (ed.) *Social Behavior and Organization among vertebrates*. The University of Chicago Press.
- FREEDMAN, DANIEL. 1974. *Human Infancy. An evolutionary perspective*. Nueva York, John Wiley.
- HALL, K. R. L., 1968. «Social Learning in monkeys» en JAY, P. C. (ed.) *Primates: Studies in adaptation and variability*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- HAMILTON, W. D., 1963. «The evolution of altruistic behavior» *Am. Natur.*, 97, págs. 354-356.
- HARPER, L. V., 1970. «Ontogenetic and Phylogenetic functions of the Parent-Offsprings Relationships in Mammals» en *Advances in the Study of Behavior*, Academic Press.
- HARLOW, H. F., 1959. «Love in Infant Monkeys» en *Sci. Am.*, July. (trad. española en GREENOLIGH, W. T. (comp.) *Psicobiología Evolutiva*, Barcelona, Fontanella, pp. 115-120.
- HARLOW, H. F. y HARLOW, M. K., 1972. «La privación social en los monos» en GREENOLIGH op. cit., pp. 129-137. (*Sci. Am.*, 1972, nov.).
- HARLOW, H. F., 1969. «Age-mate or Peer Affectional System» *Advances the Study of Behavior*. Vol. 2, Academic Press.
- HINDE, R. A., 1974. *Biological Bases of Human Social Behavior*, Mc. Graw Hill.
- HUTT, Corinne, 1972. «Sex Differences in Human Development» en *Human Dvp.*, 15, pp. 153 a 170.
- JAY, PH. C. (ed.), 1968. *Primates. Studies in Adaptation and Variability*. Holt, Rinehart and Winston.
- JENSEN, G. D.; BOBBITT, R. A. y GORDON, B. N., 1967. «The Development of Mutual Independence in Mother-Infant Pigtailed Monkeys» en ALTMANN, S. A. (ed.), *Social Communication among Primates*. The University of Chicago Press.
- LANCASTER, J. B., 1972. «Play-mothering: The Relations Between Juvenile Females and Young Infants Among Freeranging Vervet Monkeys» en POIRIER, F. E., *Primate Socialization*. Nueva York, Random House.
- LEHRMAN, D. S., 1953. A critique of K. Lorenz' Theory of instinctive behavior. *Quart Rev. of Biol.*, 28, pp. 337-363.
- 1970. «Semantic and conceptual issues in the nature-nurture problem In ARONSON, L. R. et al» en *Development and Evolution of beh. Essays in memory of T. C. Schneirla*, San Francisco, Freeman.
- LOIZOS, CAROLINE, 1967. «Play Behavior in Higher Primates. A Review» en MORRIS, DESMOND (ed.), *Primate Ethology*. Chicago, Aldine.
- LORENZ, K., 1971 (1965). *Evolución y modificación de la conducta*, México, s. XXI.
- 1974. «Analogy as a source of knowledge» *Science*, 185, pp. 229-233.
- MCGREW, W. C., 1972. *An Ethological Study of Children's Behavior*. Academic Press.
- MITCHELL, G. y BRANDT, E., 1972. «Paternal Behavior in Primates» en POIRIER, F. A. *Primate Socialization*. Nueva York, Randon House.
- MOLTZ, H., 1965. «Contemporary instinct theory and the fixed action pattern» *Psychological Review*, 72, pp. 27-47.
- MORRIS, Desmond, 1967. *Primate Ethology*. Chicago, Aldine.
- NELSON, K., 1973. «Does The Holistic Study of Behavior have a Future?» en BATESON, P. P. C. y KLOPPER, P. H. *Perspectives in Ethology*. Nueva York, Plenum Press.
- POIRIER, Frank, 1972. *Primate Socialization*. Randon House.
- POIRIER, Frank y SMITH, 1974. «E. Socializing Functions of Primate play» en *Amer. Zool.*, 14, pp. 275-287.



- KONNER, M. J., 1972. «Aspects of Developmental Ethology of a Foraging People» en BLURTON-JONES, N. (ed.). *Ethological Studies of Children Behavior*, Cambridge U. Press.
- MCGREW, W. C., 1972. *An Ethological Study of Children's Behavior*, Academic Press.
- MITCHELL, G. y BRANDT, E., 1972. «Paternal Behavior in Primates» en POIRIER, F. A. *Primate Socialization*, Nueva York, Randon House.
- MOLTZ, H., 1965. «Contemporary instinct theory and the fixed action pattern» *Psychological Review*, 72, pp. 27-47.
- MORRIS, Desmond, 1967, *Primate Ethology*, Chicago, Aldine.
- NELSON, K., 1973. «Does The Holistic Study of Behavior have a Future?» en BATESON, P. P. C. y KLOPPER, P. H. *Perspectives in Ethology*, Nueva York, Plenum Press.
- POIRIER, Frank, 1972. *Primate Socialization*, Randon House.
- POIRIER, Frank y SMITH, 1974. «E. Socializing Functions of Primate play» en *Amer. Zool.*, 14, pp. 275-287.
- KONNER, M. J., 1972. «Aspects of Developmental Ethology of a Foraging People» en BLURTON-JONES, N. (ed.). *Ethological Studies of Children Behavior*, Cambridge U. Press.
- ROSEBLUM, Leonard y KAUFMAN, Charles, 1967. «Laboratory observations of Early Mother-Infant Relations in Pigtail and Bonnet Macacus» en ALTMANN, Stuart A., *Social Communication among Primates*, The U. of Chicago Press.
- ROWELL, Thelma, 1972, *Social Behavior of Monkeys*, Penguin Books.
- SCHAFFER, H. R. y EMERSON, P. E., 1964. «The Development of Social Attachment in Infancy» en *Monogr. Soc. Res. Child. Pvp.*, 29, 3, pp. 1-77.
- SIMPSON, M. J. A., 1973. «Social Displays and the Recognition of Individuals» en BATESON, P. P. G. y KLOPPER, P. H., *Perspectives in Ethology*, Nueva York, Plenum Press.
- THORPE, W. H., 1956, *Learning and instinct in animals*, London, Methuen.
- TRIVERS, ROBERT L., 1974. «Parents-Offspring Conflict» en *Amer. Zool.*, 14, pp. 249-264.
- WHALEN, R. E., 1971. «The concept of insinct» in MC GAUGH (Ed.) *Psychobiology*, Nueva York, Academic Press.
- WELKER, W. I., 1971. «Ontogeny of Play and Exploratory Behaviors» en MOLTZ, H., *The Ontogeny of Vertebrate Behavior*, Nueva York, Academic, pp. 171-228.
- WILLIAMS, T. R., 1972. «The Socialization Process: A Theoretical Perspective» en POIRIER, F. R., *Primate Socialization*, Nueva York, Randon House.
- WILSON, E. O., 1975, *Sociobiology*, Harvard U. Press.